

Obras realizadas en el Taller de Escritura Creativa

Período 2016 - 2017



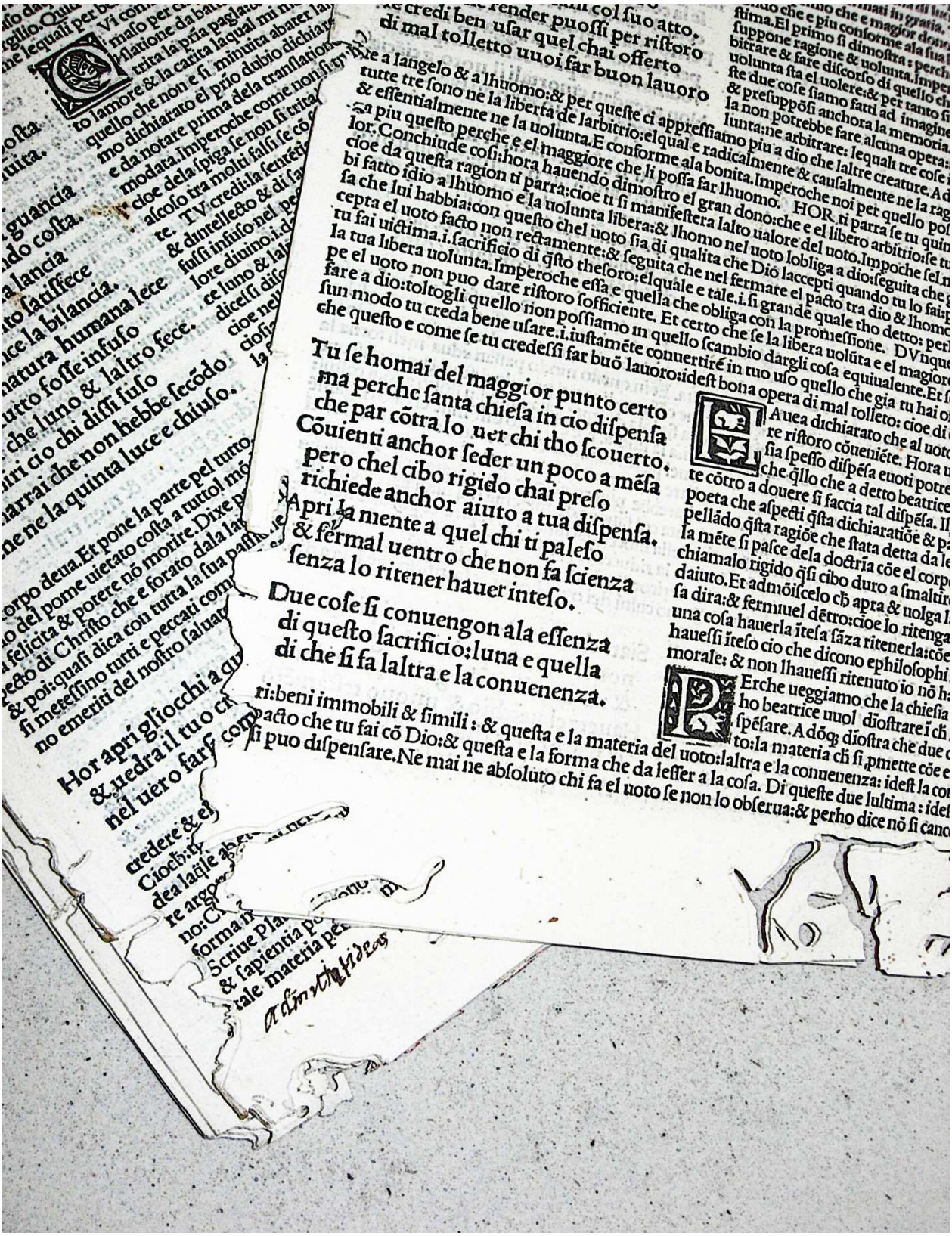
AUTORAS:

**** Ahlame Rabbouh***
**** Ana Rosa Alberca Beamud***
**** Carmen Moya Romero***
**** Manuela Jaenes Sánchez***
**** María Luisa López Más***
**** Valle Ortiz Ramos***

(Ilustraciones: Juan Uceda Crespo & Miguel Uceda Iniesta)



Ayuntamiento de Arenales de San Gregorio.
Universidad Popular



Ilustraciones: *Miguel Uceda Iniesta*
Juan Uceda Crespo

ÍNDICE

1.- Presentación 4

2.- Narraciones Colectivas: 6

- *Calle Porvenir* 7
- *¿Una pesadilla?* 11
- *Para dialogar, no seas besugo* 14

3.- Valle Ortiz Ramos: 17

- *Dialogando* 18

4.- Carmen Moya Romero: 20

- *Escenas del que fue mi pueblo* 21
- *Esperanza* 25
- *Ojos de mar* 27

5.- Alhame Rabbouh: 30

- *Lloha y el burro* 31
- *Recuerdos de mujer* 33
- *Arrimar el hombro y apoyar las manos* 36

6.- Ana Rosa Alberca Beamud: 38

- *Imágenes de ausencias* 39

7.- Manuela Jaenes Sánchez: 40

- *Una historia para los sentidos o,… una historia sentimental* 41
- *Es mi dueña tu ausencia* 44
- *Apariencias y conciencias* 46

8.- María Luisa López Más 55

- *Nora la gata* 56
- *Jugando a vivir. Jugando a contar* 58
- *¿A dónde vamos?* 61

Presentación



Os lo aseguro, todavía no puedo creerme que, en tan solo ocho meses, este grupo de escritoras y participantes en el *Taller de Ortografía y Escritura Creativa de la Universidad Popular del Ayuntamiento de Arenales de San Gregorio* hayan producido lo que estáis a punto de leer.

Ellas mismas se extrañaban al comienzo, de que las llamase así y opinaban que aún era exagerado denominarlas con este término. Pero no había exageración posible y siempre repetíamos una innegable afirmación: *Escritora es la que escribe y disfruta haciéndolo.* Bien o mal, el tiempo y la dedicación se encargan del resto y puedo aseguraros, que he leído muchas cosas peores en letras de imprenta.

Además, veamos la primera y la segunda acepción del término en el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua:

- escritor, ra:
1.- Persona que escribe.
2.- Autor de obras escritas o impresas.
…

Así, con humildad, constancia, entusiasmo e interés, nuestras autoras han ido componiendo los textos que ahora tenéis en vuestras manos. Ha sido todo un lujo trabajar con este grupo y aún me impresiona la evolución de todas y cada una de ellas en tan poco tiempo. Estuve pensándome si calificar, o no, como un "milagro" lo sucedido, temiendo la posibilidad de que pudiera molestarse conmigo algún exégeta demasiado *sensible*.

Pero no voy a dejar de llamarlo así. Para ello, me ciño, exclusivamente, a la segunda acepción de nuestro Diccionario de la RAE:

- milagro:
...
2.- Suceso o cosa rara, extraordinaria o maravillosa.
…

¡Tal cuál!... Estamos ante un "suceso raro" y afirmo que, "extraordinario" porque muy pocas veces, se encuentra un grupo tan bien dispuesto, con tantas ganas de aprender y con unas enormes cualidades ocultas, a las que solo había que abrir la puerta y ponerse en camino. El resto, ha sido cosa de ellas y ahí está "lo maravilloso". O mejor dicho, lo maravillosas que son, una a una y como grupo, ayudándonos y aprendiendo todas de todas.

Os agradezco mucho todo lo que me habéis enseñado chicas, y sé, que no hemos hecho más que empezar, que faltan trabajos que aún no se han terminado, personas que participarán y eclosionarán en el futuro, que siempre se puede mejorar y que escribiremos - leeremos muchas más cosas. No me cabe duda que será así en el interminable gozo de aprender lo que quiere aprenderse.

Y como lo importante es disfrutar de lo que viene a continuación, no voy a extenderme más… Se abre la puerta y a descubrir alguna de las obras de nuestras escritoras, y a esperar las que vendrán.

labrapalabras-miguel

Narraciones Colectivas:

- Calle Porvenir
(María Luisa López Más & Manuela Jaenes Sánchez & Carmen Moya Romero)

- ¿Una pesadilla?
(Carmen Moya Romero & Manuela Jaenes Sánchez & María Luisa López Más)

- Para dialogar, no seas besugo
(Carmen Moya Romero & María Luisa López Más)

CALLE PORVENIR

(Narración colectiva)

Premio del Certamen Literario Arenales de San Gregorio 2017

En la calle Porvenir hay una cafetería en la que mi amiga Ana y yo, nos reunimos todos los viernes a la misma hora, para vernos y para ponernos al día de los acontecimientos y confidencias de la semana.

Es un local pequeño, sencillo y muy acogedor, nuestro "sitio especial". Lo que más me gusta es su embriagador aroma a café recién molido con toques de roble y canela. Su tranquilidad hace que no pasen las horas, solo se oye el susurro de las conversaciones de las mesas más cercanas, como una invitación más a seguir conversando y compartiendo "secretos".

Hoy no ha sido posible quedarnos todo el tiempo que teníamos previsto. Ana tenía que irse pronto por motivos de trabajo. Se trataba, pues, de disfrutar el momento, y eso hemos hecho.

La imprevista marcha de Ana, ha hecho que llegue a casa antes de lo habitual. Dejo mi bolso a la entrada y me quito el abrigo ¡Qué gusto al entrar! ¡Con el frío que hace en la calle!

– *¡Pedro, ya estoy aquí!*

No escucho respuesta, pero sí un golpe seco que viene del dormitorio. Me acerco corriendo y, allí está él.

No esperaba encontrarme con una situación tan embarazosa. Se me cortó la respiración y la habitación iba empequeñeciéndose cada segundo; sentía que sus cuatro paredes me aplastaban y tuve que salir de allí a toda prisa.

Ahora, fuera de casa y con pánico a volver, deambulo por las calles sin dirección aparente. Mis pies han adquirido vida propia y dirigen mi camino sin que sea consciente.

Por fin, la angustia y la niebla en mis ojos, van diluyéndose y puedo ver dónde me encuentro. Sin poder entenderlo ni saber cómo, he llegado hasta la puerta del apartamento de Ana. Llamo al timbre y mi voz es un susurro. Me abre enseguida y, al verla, me derrumbo.

No puedo pensar, me siento dentro de una pesadilla y quiero despertar….

Cuando me recupero, Ana me cuenta lo que, según ella, está pasando. Al parecer, ha llamado a casa y le han explicado lo sucedido. No podía creer lo que estaba oyendo.

– ¡Si lo vi con mis propios ojos! No me podéis decir que me invente todo.

– ¡No, no y no! ¡Me vais a volver loca! Ana, lo que te he contado es la realidad.

– Pero no puede ser, Pedro dice que no has ido a casa en todo el día ¿Cómo puedes decir que has visto algo que no ha pasado?

– ¿Qué? ¡No vuelvas a decir que miento! ¿Qué pasa, le crees a él más que a mí? – Pensé que eras mi amiga, pero yo te demostraré quién miente.

Seguí con mi vida de siempre, pero muy atenta a cualquier movimiento o palabra de Pedro, esperando la posibilidad de que pudiera producirse algún fallo o contradicción con la que pudiera demostrar que no me había vuelto loca, y que lo sucedido realmente, era lo que yo había visto.

Absorta en mis pensamientos, no oí que alguien había entrado. La sorpresa fue mayúscula:

– ¡Tú! ¿Qué haces aquí?

– Bueno, esta es mi casa. Eso debería preguntarte yo a ti ¿qué haces, tú, aquí?

Era Enrique, mi vecino. Me quedé con la boca abierta y un nudo en el estómago, sorprendida, pensativa,… No entendía nada ¿Me estaría volviendo loca?…

¡Otra vez perdida y en la calle!

Necesito hablar con alguien y decido volver a casa de Ana. Sigo sin tener claro lo que me está ocurriendo y no sé cómo actuar. Noto el cariño y la preocupación de mi amiga al escucharme y siento que, ahora, me fio mas de ella que de mí misma.

Decidimos ir a la policía y ponemos una denuncia por la desaparición de Pedro. Cuando me preguntan mi domicilio titubeo y acabo contándoles que, en la que creí mi casa, está viviendo ahora mi vecino. Los policías entrecruzan sus miradas y dejan en el aire su duda junto a la mía.

Buscando desconectar y encontrar la calma necesaria para recuperar mi cordura, pido unos días a cuenta de las vacaciones y Ana, preocupada por mí, decide no dejarme sola.

Llegamos al hotel, nos cambiamos, y bajamos a una cala para tomar los primeros rayos de sol ¡que enorme placer poder disfrutar de la paz y la belleza de este solitario lugar, fuera de temporada!

Extendimos nuestras toallas junto al roquedal. El mar estaba en calma, su sonido era como un susurro, cuando las olas acariciaban suavemente las rocas, dejando entre los huecos, efímeras caracolas de espuma.

Absorta en la contemplación y en mis pensamientos, miro el horizonte mientras siento la brisa soplando en mi espalda. Me acurruco con la toalla y el cansancio me invade. No tardo en quedarme dormida…

Me parece escuchar la voz de Pedro llamándome.

– *Pedro ¿eres tú?*

A lo lejos, puedo distinguir su silueta entre la bruma. Tengo la sensación de estar flotando. Me dirijo hacia él. Pero cuanto más quiero acercarme, más se aleja… Intento correr más rápido.

– *¿Qué está ocurriendo?* – grito entre sollozos -… No consigo alcanzarlo, tropiezo y caigo en un vacío interminable.

– *¡Clara, despierta. Te vas a quedar helada!*

Al abrir los ojos veo a Ana agarrándome por los hombros.

– *¡Uf! Ha sido solo un sueño.*

– *¿Cómo dices?*

– *Nada, no te preocupes ¿Nos acercamos a la playa y paseamos un rato?*

Temo no poder quitarme de la cabeza ese angustioso sueño. Pero, poco a poco, parece que vuelve la normalidad y sigo disfrutando de mis días de playa y paseo.

Vuelvo a casa con ánimos renovados y con la necesidad de darme un buen baño.

Cuando termino, cojo el albornoz, limpio el vapor del espejo con la manga y me quedo inmóvil, convertida en estatua de hielo. La imagen que veo en el espejo no es la mía. Una mujer rubia me mira expectante desde el otro lado y se apodera de mí la más horrible de las confusiones cuando la reconozco. Se trata de la mujer que estaba con Pedro, en mi cama, aquel día en que mi mundo empezó a darse la vuelta.

María Luisa López Más
Manoli Jaenes Sánchez
Carmen Moya Romero

¿Una pesadilla?

Desperté sobresaltada, sin saber si, lo que acababa de ocurrirme, era o no era un sueño. Para mí había sido tan real, que seguía convencida de haber visto a aquella mujer de negro detrás de la ventana, con un enorme cuchillo, rompiendo el cristal y alargando su mano huesuda y arrugada, hasta rozarme con sus largos dedos.

Me incorporé al borde de un infarto, sudando y llorando. Fui hacia la ventana y vi que el cristal estaba roto. En ese momento, volvía a surgir la angustia por no poder distinguir sueño y realidad.

¿Fue una pesadilla de la que desperté a tiempo? ¿O, quizás, sigo en mi sueño mientras escribo estas líneas?… El tiempo no tiene alma ni piedad.

Durante todo el día, me acompañó el recuerdo de aquella terrible ensoñación. Aunque trataba de distraerme, no lograba quitarme la sensación de malestar e inquietud. Salía a correr por las mañanas e intentaba centrarme en mi trabajo y en mis aficiones para mantener la cabeza alejada de aquel mal recuerdo.

Pasaron los días y, de algún modo, la vida iba recuperando su rutina, la casa, el trabajo y alguna que otra salida con los amigos. Una tarde, decidimos ir al cine para ver una película que nos habían recomendado diciéndonos que era "*de esas que te hacen agarrarte a la butaca, sin poder soltarte hasta que termina*"

– *Bueno,* dijo alguien, *pues vayamos a ver si tiene razón quién nos la ha recomendado y resulta tan "intensa" como dicen.*

Al ocupar nuestras butacas, me quedé paralizada ¡Estaba allí! ¡Era ella!… No podía hablar, sentada a mi lado, estaba aquella horrible mujer que protagonizó mi pesadilla.

De pronto, noté que me agarraba fuertemente del brazo mientras me decía:

– "*No te muevas de mí lado. Te aseguro que no vas a olvidar este día*"

La sensación de terror volvía a adueñarse de mí. La presión de aquella mano cadavérica sobre mi brazo me tenía paralizada. Cada vez que intentaba chillar me ahogaba, como si el propio grito temiera salir y se metiera dentro de mí sin que nadie pudiera oírle.

Cuando terminó la proyección y se encendieron las luces de la sala, me levanté como impulsada por un resorte, solo quería salir de allí rápidamente. Pero en ese momento, una voz que me resultaba familiar, me llamó por mi nombre:

– Lucía ¿Qué pasa? No dices "ni hola"

Me volví y era Lola, una amiga a la que no veía desde hacía mucho tiempo.

– ¡Hola! No te había visto.

– Ya me he dado cuenta. Estaba sentada a tu lado, te agarré el brazo y ni te volviste a ver quién era. Temblabas, y te habías metido tanto en la película que no me hiciste ni caso. Estabas embobada.

– ¡Pues no puedes imaginarte cuanto agradezco que fueras tú quién estuviera a mi lado!

Me miraba entre sorprendida y extrañada. Le conté lo que me había pasado antes y durante la película y se echó a reír.

– ¡Que exagerada eres! Te has metido en la historia igual que cuando se lee un buen libro, de esos con suspense, intrigantes, y te transmite la sensación de estar viviéndolo… ¡Nada más!… Bueno, cuando ya no me veas como esa bruja horrible, me llamas y hablamos.

– Vale, ya quedaremos. ¡No sabes que peso me he quitado de encima! Voy a disfrutar de este fin de semana, que lo necesito. Aunque, a veces, cuando voy por la calle y me doy la vuelta, si alguien está mirándome, siento que va a atacarme. Desde ahora, no volveré a ver una película de miedo ¡Qué horror!

Nos reímos las dos y nos despedimos hasta un próximo encuentro. Yo, corrí al encuentro del resto de amigos que habíamos ido juntos al cine y que se habían sentado en la terraza de la cafetería de enfrente.

Al cruzar, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. No podía moverme, mis pies estaban pegados al asfalto. Los coches hacían sonar el claxon y pasaban rozándome, sin detenerse ni reducir la velocidad, mientras iba hundiéndome más y más. De repente, apareció un camión frente a mí. Sus grandes luces avanzaban con gran rapidez. Yo, tiraba de mis piernas hacia arriba, tratando de salir de aquella ciénaga negra.

En el instante del impacto pude ver, frente a mí, el rostro de la mujer cadáver. Alguien me agarró del brazo para llamar mi atención:

– ¿Te ha gustado?…

Otra amiga comentó:

– Ha sido impresionante. Me ha encantado lo bien que recrea los momentos de tensión. Sobre todo, en la escena final, cuando ves como se acerca el camión y ella no puede hacer nada.

Sentada en la silla de aquella cafetería no podía articular palabra. Mi interlocutor me miraba intensamente.

¡Estás pálida!… No te lo tomes tan en serio, ¡ni que fueras tú la protagonista!

Carmen Moya Romero
Manoli Jaenes Sánchez
María Luisa López Más

PARA DIALOGAR NO SEAS *BESUGO*

"Para dialogar,
escuchar primero,
preguntad después"

(Antonio Machado)

En uno de nuestros debates, estuvimos comentando la imperiosa necesidad de escuchar, atender y entender a nuestros interlocutores, antes que intentar contestar para "*ponerse por encima*" o, dicho de otra manera, para intentar "*dejar claro que mi opinión es la buena*" "*que de esto sé yo más que tú*" o, para no andar con rodeos, que "*yo soy el o la mejor*"…

Y así, todas hemos sido testigos de conversaciones en las que, o las personas que participan en ella no se escuchan la una a la otra, o no quieren escucharse porque cada una tiene que decir "*lo suyo*", sin que importe lo más mínimo lo que diga su interlocutora, dando lugar a una conversación inútil y sin sentido.

Buscando el siempre imprescindible sentido del humor, para encontrar un nuevo enfoque que nos acerque a otra visión y a una mejor comprensión de la situación, alguien se acordó de los conocidos "*Diálogos para besugos*" una serie de relatos que el desaparecido Armando Matías Guiu (1925 – 2004) comenzó a publicar en 1951 en el tebeo "DDT" y que se prolongaron hasta la década de los 80. Así definía el propio autor su sección: "*Jugué con la palabra, apuré al máximo el sentido de cada vocablo, mezclándolo con otro de fonética similar con distinto significado para dar pie a nuevas imágenes, compliqué las conversaciones para derivar de un tema a otro, liando conceptos, ideas, hasta lograr que de los dos dialogantes ninguno supiera quién había iniciado la trama de desatinos*".

Guiu fue periodista, guionista, autor teatral y, por supuesto, un gran humorista que colaboró en otras muchas publicaciones, para jóvenes y adultos, de la inolvidable editorial "Bruguera" y aún puede encontrarse en la red gran parte de su obra satírica, inteligente y mordaz, con la que, sin mayores pretensiones, pueden pasarse ratos de lo más divertido, como nos pasó a nosotros. Dos compañeras, Carmen y Mª Luisa, inspiradas por Guiu, nos aportan sendos "*Diálogos para besugos*" – con perdón, y salvando las distancias –

1. **<u>IDEAS Y PENSAMIENTOS</u> – Autora: Carmen Moya Romero**

- *Idea ¿estás ahí?*
- *Sí*
- *Y… ¿Cómo te conozco? ¿Quién eres?*
- *Soy tu pensamiento.*
- *¡Andá! ¿Y tengo yo de eso?*
- *¡Pues claro! ¿Cómo, si no, podemos estar hablando?*
- *Pero… ¿Qué hacen las ideas?*
- *Pues crecer al pensar.*
- *¿Entonces, serán pensamientos?*
- *No, el pensamiento piensa.*
- *¿Y las ideas?*
- *Ideopiensan*
- *¡No!*
- *¡Sí!*
- *Las ideas, idean.*
- *¿Y no piensan?*
- *¿Y los pensamientos, qué?*
- *Los pensamientos son plantas con unas flores muy bonitas.*
- *¿Pero, en las ideas tengo plantas? ¡Tengo la cabeza llena de flores!*
- *¡No te enteras!… Las ideas son ideas, los pensamientos son pensamientos y los pensamientos son plantas*
- *Si,… ya me voy enterando: Yo tengo ideas pensantes, pensamientos ideosos y pensamientos bonitos ¡Y cuántas otras cosas tendré y no lo sé!*
- *Bueno, pues me voy a pensar en mis pensamientos, a ver si tengo ideas para hacerlos más bonitos.*

<u>Carmen Moya Romero</u>

2.– Autora: Mª Luisa López Más:

- *Hola, buenos días.*
- *Buenos días, hola.*
- *¿Tiene usted cerveza fría?*
- *Sí, tan fría como el corazón de mi ex.*
- *¿Qué es muy fría?*
- *¿Quién, la cerveza o mi ex?*
- *La cerveza.*
- *Como el témpano, señor.*
- *Hombre, esta mañana, "tempano", si hacía fresco, pero tampoco notaba mi garganta helada… Aunque, pensándolo mejor, me pone una coca-cola fresca.*
- *Sí, fresca también es un poco.*
- *¿Quién, la mañana o la coca-cola?*
- *No, mi ex.*
- *Bueno, pues póngame un café*
- *¿Caliente?*
- *No, que bastante calentito le veo ya a usted.*

Mª Luisa López Más

Valle Ortiz Ramos

- Dialogando

DIALOGANDO

Veamos si, en este rato de tranquilidad, me pongo a escribir. Empezar suele ser lo más complicado…

Detrás de mí, noto una presencia silenciosa que va acercándose.

– ¿Qué haces?

– Intento construir un diálogo.

– ¿Y con quién hablas?

– Pues, hablar, lo que se dice hablar, contigo; aunque no es lo que tenía pensado. Pero en el papel, con nadie todavía.

– ¿Y cómo lo escribes?

– Mmm… Pensando

– ¿Te está costando mucho trabajo?

– "¿Y tú me lo preguntas mientras me soplas el cogote? Mi trabajo eres tú". Pero vamos, no te preocupes que, de momento, parece que va saliendo solo.

– Entonces ¿Por qué has estado veinte minutos sin escribir una palabra?

– Mmmmm… - me contengo para no contestar levantando la voz, porque tampoco quiero que se me asuste por tan poca cosa –

-¿Y qué vas a hacer?

– Mmmmm… - ¡Otra vez! ¿Cuánto días hará que no hablábamos tan seguido como lo estamos haciendo, precisamente, hoy?… ¡Y para no decirnos casi nada! O, quizás,.. para que yo le diga algo, como haría un niño chico para que su mamá le preste atención –

– ¿Qué te parece si hago el diálogo sobre lo poco que me dejas trabajar?

– Vale.

…Y se queda ahí, como si nada, a la espera. Y así, no creo que tarde mucho en terminar, porque él, no deja de empujarme con su mirada, diciéndome sin palabras que acabe pronto.

Así no hay manera. Voy a ser lo más breve posible, pero, lejos de molestarme, disfruto con sus muestras de deseo de mí compañía. Y además, no lo puedo evitar, me encanta ser esperada.

Valle Ortiz Ramos

Carmen Moya Romero

- Escenas del que fue mi pueblo

- Esperanza

- Ojos de mar

ESCENAS DEL QUE FUE MI PUEBLO

1. La merienda

La tarde se nos vino encima, los juegos y las risas trajeron el olvido y se nos quemó el pan. La merienda de cada día: una rebanada tostada, con aceite y, si había, con azúcar, se había echado a perder.

Mi madre, acostumbrada a capear los malos tiempos, aprovechó la ocasión para hacer del percance una fiesta. Aquella merienda iba a ser distinta, sin pan, pero con la alegría de lo nuevo. Nos fuimos colocando junto a ella, alrededor del fuego, y empezamos a contar historias mientras iba echando patatas sobre las brasas.

Había que estar pendientes de los más pequeños para que se mantuvieran a una distancia prudencial de la lumbre, ahora convertida en objeto de juego. Los sucesos que narraban los mayores, resultaban muy lejanos, de otros tiempos, pero dignos de toda nuestra atención. Al fin y a la postre, todo parece repetirse aunque nos pille con otros zapatos.

El ambiente iba caldeándose y los cuentos se adueñaban de la atención de niños y viejos. La tarde pasaba entre canciones y anécdotas mientras el fuego hacía su trabajo en aquella cocina que se nos hacía pequeña en ocasiones como esta. Un muchacho llamó la atención de todos:

– *¡Qué se queman las patatas!*

Sin mediar palabra, cada uno despertó del sopor y regresó del mundo contado y escuchado, al aquí y ahora, cogieron su *navajilla*, esa herramienta tan nuestra, que sustituía al cubierto y permitía comer en corro, sin mesa ni impedimentos, y se dispusieron a empezar la merienda.

– *¡Abuela! Trae la sal, el aceite, la fuente,…*

Y en un "*pis pas*" cada cual tenía su patata en la mano. Nuestro *oro líquido*, el aceite de nuestras olivas, pasaba de mano en mano y, desde las patatas humeantes, nos chorreaba hasta el codo.

El silencio se instaló entre nosotros, quietos y apretados, mientras soplábamos y yo grababa la escena en mi retina como una foto fija.

Los años han pasado y la imagen permanece, desde mis ojos de niña, imborrable en mi memoria. La escena no era la cocina, sino mi abuela y mi abuelo, que la llenaban de vida en aquellas tardes largas y lejanas; y a su memoria, desde la ausencia, el tiempo y la distancia, quiero rendirles ahora este pequeño homenaje.

**#** **#**

2. El carrito de los helados

El calor apretaba hasta el ahogo en aquella tarde de verano. Después de la siesta, mi madre preparó una limonada que, con la que estaba cayendo, siempre era bien recibida. Pero hoy, era viernes, y los viernes, puntual, llegaba Camilo, el vendedor de helados, con su carrito chirriando y sus voces llamando a las parroquianas..

No tardamos mucho en oírle y entrar en acción para conseguir saborear aquel trocito de cielo. Nunca volveré a disfrutar de aquel sabor de infancia, único de aquellos helados caseros. Aún cierro los ojos y me viene aquel regusto de nata, vainilla y leche dulce, incluso, puedo llegar a evocar y notar el frío de la crema pegándose en mi paladar:

- *¡Mamá, que ya viene Camilo! ¿Qué helado compramos?*
- *¿Pero ya es viernes? ¡Madre mía como se me ha ido la semana!*
- *Pero mamá ¿Cómo se va a ir la semana?*
- *¡Anda, abre! Y llama a tus hermanos.*
- *¡Hola Camilo!*
- *Hola ¿De qué va a ser hoy tu cucurucho?*
- *Yo quiero el grande, el de dos bolas.*
- *Camilo, todos por igual. Ponle a cada uno un helado de una bola, de vainilla.*
- *¡Ale! Pues ya están los chicos fresquitos y contentos.*
- *Sí, y yo, con tres duros menos.*

– *Anda mujer, que comer helados con tus hijos en una tarde de verano, no tiene precio.*

Camilo cerró la nevera. Se subió a su triciclo que, bajo el cajón, tenía dos ruedas delanteras y, bajo el sillín, solo una trasera. Era como si transportara un cofre mágico, pintado de color verde y con sus dos tapas cónicas que me parecían el copete de dos enormes cucuruchos escondidos en el cajón, que, además, imaginaba que debían de ser de fresa, porque estaban pintados de rosa y rematados con unas bolitas a modo de guindas.

Se puso a pedalear, acompañado del sonido chirriante y quejumbroso de los ejes, piñones, cadena y pedales, que pedían aceite a gritos.

Mientras se alejaba aquel hombre–mago del verano, yo paladeaba mi helado de vainilla sentada en la acera y veía como desaparecía Camilo por el final de la calle, a la vez que el helado se hacía agua en mi boca.

**#** **#**

3.- <u>Jugar y trillar</u>:

En el verano, las calles se llenaban de carros y galeras por los que sobresalía la paja que, con la luz del amanecer, flotaba en briznas de oro entre el polvo y el aire mientras se dirigía a la era.

La chiquillería les esperábamos expectantes, hasta que alguno de los trilladores nos decía:

– *¿Queréis subir a la trilla?…* Y aquello era una fiesta en la que dábamos vueltas en lo que, para nosotros, era un tiovivo en el que no teníamos que pagar y en el que las mulas daban vueltas arrastrando la tabla sobre la mies para que los afilados trozos de sílex, cortaran y separaran la paja del grano, hasta que se terminaba la faena y los chiquillos seguíamos corriendo sobre la parva y pisando la mies y el grano, hasta que nos echaban de allí con cajas destempladas.

Un día llegó un abuelo y en vez de enfadarse, encontró una nueva manera de que nos fuéramos de la era y nos dijo a unos cuantos que si le ayudábamos *"a entrar"* la

paja en *la cámara*, como se llamó siempre por aquí al sobrado o planta superior, en la que se situaba el pajar, el almacén de grano y las demás provisiones. Nos contó que su mujer tenía ya achaques y que él solo, no podía.

¡Dicho y hecho! Nos subimos al carro y al llegar, nos mandaron arriba. La mujer, se asomaba a la calle por una puerta lateral e iba dándole a su marido las espuertas y, una vez llenas, nos las pasaba a nosotros que íbamos echando la paja en un montón.

– *¡Corre, corre, que nos pillan los abuelos!* Nos decíamos unos a otros, y en un "*pis – pas"* quedó apilada toda la paja que trajimos en el carro. Cuando terminamos, el hombre sacó un cubo de agua del pozo para que nos laváramos, la paja nos picaba por todo el cuerpo y se nos había metido por los lugares más inverosímiles. La mujer sacó una sandía que tenía refrescando en un cubo y allí mismo, sentados en la acera nos la comimos y saltamos de alegría cuando nos dieron una propina que, aunque escueta, a nosotros nos sabía a jornal.

Y nos fuimos tan contentos, corriendo y riendo por la calle mientras reíamos y quedábamos para ver si mañana se repetía nuestra suerte.

Carmen Moya Romero

ESPERANZA

Me duelen los ojos
por mirar sin ver,
por tu ausencia negra
¿Volverás a aparecer?

Te busco en el agua
y el mar me devuelve
la vista vacía
de la inmensidad
¡Se me hace la espera
tan interminable!
que se ahoga en ella
mi fe y mi esperanza.

Más, aún así,
resisto y reniego
¡y sigo!
¡y sigo!
¡y sigo!…
sin querer que haya un final.

Se va borrando el cielo,
se va borrando el mar,
y de nuevo muere el día
y vuelve la oscuridad,
la tuya, la mía,
la de los que ya no están.

Va progresando la pena,
que junto con mi ansiedad,
me ha llegado de improviso,
sin poderlo remediar.

Pero yo, seguiré aquí
¡no te puedo abandonar!
Aunque la noche no acabe,
yo sigo mirando al mar.

Cuando se cansó la oscura,
se asomó el alba de pronto
e incorpórea, y junto a ella,
pude al fin verla llegar.

De nuevo mi luz perdida,
mi paz, mi tranquilidad,
el saber que cada noche,
un nuevo día traerá,

una ocasión y un impulso
para volver a pensar,
para lograr, otra vez,
vencer a la oscuridad,
haciendo que toda espera,
se vuelva firme y serena
y alumbre esperanzas nuevas.

Y aquí sigo yo, en pie,
con la sonrisa en la cara,
con el calor en mi alma,
mirando al mar que me habla.

Carmen Moya Romero

OJOS DE MAR

El pueblo temblaba y se encogía con el resplandor y los truenos de aquella fuerte tormenta invernal. El mar rugía y levantaba altas olas, como lenguas gigantescas que parecían devorar la playa, los barcos, las redes y los demás aparejos de los pescadores que, desde los ventanales de la taberna, no podían apartar la vista del malecón.

La mayoría de los vecinos del lugar vivían de lo que lograban arrancarle al mar y las caras de aquellos hombres recios, curtidos y conocedores como nadie de sus aguas, permanecían inmóviles, en silencio y con el rostro serio y preocupado.

Más arriba, Beatriz también estaba asomada a la ventana contemplando el espectáculo y lamentando que el día no le dejara salir a jugar en el muelle o en la playa.

Ella no dejaba de asomarse al mar cada día. La playa, el espigón y los pedregales eran sus lugares de juego favoritos, podía encontrar diferentes conchas y montar con ellas y con la arena bellísimos castillos o laberintos, correr con sus pies descalzos, saltar entre las rocas, coger cangrejos y pececillos o jugar con sus amigos sin descanso.

Beatriz era rubia y siempre se peinaba con largas coletas. Tenía ojos de mar, grandes, vivos, profundos y de un azul turquesa deslumbrante y que reflejaba fielmente el color de las aguas que tanto miraba. Pero en días como aquel, no quedaba más remedio que permanecer en casa, como toda la gente de aquel pequeño pueblo de pescadores había hecho hoy.

Su madre, sentada junto a ella, la miraba llena de felicidad y orgullo, disfrutando de la belleza e inocencia de su niña, pero la tristeza volvía de nuevo a su cara junto a la aparición de otros recuerdos.

Llevaba más de tres meses sin recibir noticias de su marido, obligado a abandonar la pesca y a marcharse al frente. La guerra y la escasez iban haciendo mella en la familia, pero ella intentaba no mostrar su tristeza delante de Beatriz que permanecía a la espera y con la esperanza de que cambiaran los tiempos.

Por la noche, mientras la niña dormía, sacaba su secreto mejor guardado, envuelta en un retal blanco, aparecía una muñeca de cartón que iba haciéndole a su hija

mientras dormía, con su vestidito azul cosido a mano con primor, sus ojos azules y sus coletas de lana amarilla. Aquella muñeca sería su regalo de Reyes.

Aquel año las navidades estaban siendo muy tristes. Papá no estaba y su ausencia se hacía cada vez más notoria. Pero llegó el 6 de enero y mamá hizo que aquel día no perdiera su ilusión y su magia.

Cuando Beatriz abrió los ojos y vio sentada frente a ella a aquella maravillosa muñeca, alta, bonita y rubia como ella, no podía parar de reír y saltar. No se lo podía creer ¡Tenía una muñeca para ella sola!

Corrió a abrazar a su madre que la contemplaba con una sonrisa, satisfecha de haber conseguido hacerla tan feliz en aquel instante. Aquel día ya podían olvidarse de sus penurias y tristezas.

El tiempo continuó su paso sin grandes novedades, pero Beatriz pasó el resto del invierno feliz con su nueva compañera de juegos. Hablaba con su muñeca y mantenía intacta su inocencia y su esperanza.

Cuando llegó la primavera, cálida y con una luz que invitaba a salir y a disfrutar del mar, tan añorado en aquel duro invierno, Beatriz, su madre y su muñeca decidieron bajar a la playa para jugar, sentarse al sol y almorzar en la arena. Después del almuerzo, su madre se tumbó y cerró los ojos para descansar y recibir la caricia tibia del sol.

Beatriz, incansable, cogió de la mano a su muñeca y se acercó al agua, decidida a darle su primer baño. Se sentó en la orilla, le quitó su vestido y sus zapatos, y se metió en el mar llena de felicidad, contándole a su amiga de cartón lo divertido que era saltar las olas. Estaban pasando un día maravilloso, hasta que, al girar la cabeza, la niña se dio cuenta de que su muñeca estaba desapareciendo, se había desvanecido mientras grumos informes de cartón flotaban a su alrededor.

Con las manos vacías y los ojos llenos de sorpresa y de lágrimas, corrió en busca de su madre. No lograba entender lo que acababa de pasarle y necesitaba que le explicaran lo ocurrido.

Mamá la miró con una gran sonrisa y le dijo:

– Mira cariño, no pasa nada. A tú muñeca también le ha gustado el mar y se ha ido a jugar con los peces. No te preocupes que yo te haré otra a ti.

Beatriz besó a su madre y regresaron a casa.

Después de muchos años, en el otoño de su vida, Bea guarda en un lugar especial el vestido de su primera muñeca.

P.D. En recuerdo a una madre que se fue demasiado pronto y de un padre que nunca volvió

Carmen Moya Romero

Ahlame Rabbouh

- Lloha y el burro

- Recuerdos de mujer

- Arrimar el hombro y apoyar las manos

LLOHA Y EL BURRO

Hoy, Lloha ha decidido ir al mercadillo de animales para comprarse un burro, y ha tenido suerte. Nada más llegar, ve a un hombre que está vendiendo uno que resulta de su agrado.

– *¿Cuánto vale este burro?*

La respuesta del vendedor deja a Lloha algo descolocado. El precio es superior a lo que puede gastar. Pero reacciona de inmediato y metiendo la mano en el bolsillo, saca su dinero y le dice:

– *Mira, esto es todo lo que tengo* -. El hombre aceptó y le vendió el burro.

De vuelta a casa, Lloha llevaba a su asno atado por el cuello. En un recodo del camino, se acercaron dos ladrones por su espalda y, con gran sigilo, uno de ellos fue aflojando hábilmente el nudo de la cerviz del burro mientras caminaban sin que nadie pudiera notarlo. Así, quitaron la cuerda al burro y uno de los ladrones se la puso a sí mismo, manteniendo el paso y el ritmo que llevaban, sin que Lloha pudiera percatarse.

Cuando nuestro hombre llegó al pueblo, observó cómo le miraba la gente y se reía a su paso. Y al darse la vuelta, vio que llevaba a un hombre atado a su soga. Sorprendido y asustado, preguntó:

– *¡Pero tú!… ¿Quién eres?* – a lo que el pícaro ladrón le respondió:

– *Soy el burro que has comprado. Voy a contarte mi historia: Verás, ayer tuve una fuerte discusión con mi madre. La enfadé muchísimo y en un momento me dijo: "¡Mira que eres burro! Para mí, eres más burro que persona"… Y como si hubiera sido oída por el cielo, o por el infierno, en burro quedé convertido y, cuando me has comprado, he recuperado mi ser anterior ¡Muchas gracias. Te estaré eternamente agradecido!*

Conmovido, el bueno de Lloha le dijo:

– Mira, ahora voy a quitarte la cuerda y voy a dejarte ir, pero prométeme que no volverás a hacer enfadar a tu madre.

Como seguía necesitando un burro, nuestro bobalicón amigo hubo de pedir y reunir de nuevo el dinero para comprar otro. Y con esa intención, volvió al mercadillo días después. Atónito, reconoció al mismo burro que había comprado y que volvía a estar a la venta.

Muy serio, Lloha se acerco a él y le susurró a la oreja:

– *Veo que no has escuchado lo que te dije y has vuelto a enfadar a tu madre. Pues, has de saber, que ya no voy a comprarte nunca más.*

Ahlame Rabbouh

RECUERDOS DE MUJER

A finales del pasado siglo XX, al igual que hoy, los recuerdos de las mujeres eran muy diferentes, dependiendo del lugar en el que sucedían. De todos modos, quizás fuera bueno que, además de aprender y mejorar, no nos olvidáramos de valores importantes del pasado, al intentar superar lo que no nos gustaba y por la prisa y el deseo de cambiarlo.

Mi cuento, mi relato o mi recuerdo, vaya usted a saber, comienza en el mercadillo situado a las afueras de un pueblo de Marruecos. Desde su puesto, el hombre oyó como un vecino le llamaba por su nombre:

– *¡Mustafá, Mustafá!… quería preguntarte ¿Porqué vuestro trigo pesa poco?*

Mustafá se quedó muy sorprendido y le preguntó:

– *¿Cómo sabes tú lo que pesa mi trigo*

– *Porque acabo de comprárselo a tu mujer,* le respondió.

Mustafá era considerado como una persona pudiente del pueblo. Tenía aceitunas, trabajaba por las noches como cocinero de bodas y tenía una tienda en la que vendía churros y dulces. Así pues, aunque tenía dinero, nunca compraba, ropa, zapatos, ni cualquier otra cosa que necesitaran su mujer y sus hijos. Y para cubrir estas necesidades, Fátima, su mujer, vendía lo que podía sin decirle nada a su marido.

Cuando Mustafá llegó a casa, estaba muy enfadado y llamó a su mujer gritando:

– *¡Fátima, Fátima…!*

Venía corriendo, asustada porque sabía cómo era su esposo. Al acercarse a él, este le preguntó:

– *¿Dónde estabas esta mañana? ¿Qué has hecho hoy? ¿Has vendido algo sin que yo me entere?…*

La mujer se quedó sorprendida, pensando cómo se habría enterado y decidió decirle la verdad:

– Si, he vendido trigo porque los pequeños necesitaban ropa y calzado y no podía comprárselos.

– Este año, el trigo pesa poco porque apenas ha llovido y no ha granado bien. Lo necesitamos para nosotros, y no se puede vender porque, quién lo compre, se sentirá engañado.

- Perdóname…

Mustafá no quería perdonar y la echó de la casa. Fátima, con sus hijos pequeños, se fue a la vivienda de su hija mayor, que estaba en el mismo pueblo y está, llamó a su hermano, que vivía en la ciudad y este, llegó al pueblo al día siguiente.

Ahora están todos juntos en el salón de la hija de Fátima y Mustafá, y el hijo recién llegado empieza a hablar:

– Lo que estáis haciendo es una vergüenza. Todos los días con problemas… Mire, padre, mi madre no hizo bien vendiendo el trigo sin su conocimiento. Pero usted, tiene unos hijos y una mujer a la que atender y no puede dejarles pasando necesidades cuando usted no las tiene. Además, si hablara más con ella, madre habría sabido lo que entonces no sabía, que el trigo no era para vender…

El gesto del hijo mayor era serio y decidido, miraba a su padre a los ojos, sin ira ni miedo. Y Mustafá le miraba entre sorprendido y extrañado. Le estaba hablando un hombre, aunque él solo viera a un hijo.

No sabía que decir, veía en los ojos de su hijo cariño y respeto, pero sin abandonar su franqueza. Como seguía callado, el joven continuó:

– Si veis que no os vais a llevar bien, es mejor que os separéis y que cada uno coja su camino. Así, no podemos continuar ni podéis estar bien ninguno de los dos, ni vuestros hijos.

Fátima se incorporó y fue hacia su marido diciendo:

– Yo me voy a quedar con él, aunque es muy severo y muy controlador. Pero si logramos hablar más y llevarnos mejor entre nosotros, sabremos aguantar lo bueno y lo malo que tengamos cada uno.

Mustafá dio la mano a Fátima. Y besando cada uno la del otro, delante de todos sus hijos, mostraron la renovación de su compromiso y la disposición a apoyarse y respetarse mutuamente.

Ahlame Rabbouh

ARRIMAR EL HOMBRO Y APOYAR LAS MANOS

Hoy hemos hablado en el taller de los ambientes, personas y personajes con las que nos vamos encontrando en el entorno laboral y en este tema, siempre me surge la misma pregunta: ¿por qué siempre me encuentro con alguien que te mira por encima del hombro?

Quizás a vosotros os ocurra con menos frecuencia que a mí, pero me atrevería a pensar que, los que se creen más que los demás, suelen necesitar aparentar, más que hacer y eso les impide trabajar con otros y estropea la buena relación entre compañeros.

Laura pensaba que era la mejor en su trabajo y que los demás no teníamos ni idea. Un día el jefe apareció para presentar a un nuevo empleado. Era muy joven, tímido, callado y con los ojos muy abiertos, mirándolo todo y a todos.

- Buenos días Laura. Te presento a Juan, un nuevo compañero. Va a ocupar el despacho contiguo al tuyo. Creo y espero que podrá aportarnos a todos muchas cosas.

Laura apenas levantó la cabeza de su escritorio para contestar con un escueto *"hola"* y volver a su tarea. Desde su posición egoísta, solo le gustaba hablar de sí misma y decidió evitar cualquier trato con Juan. En aquel momento, no podía imaginar lo poco que iba a durar aquella situación.

Habrían pasado menos de tres meses, cuando recibió la llamada de Mario, su jefe, para pedirle que subiera a verle a su despacho.

- Verás Laura. La próxima semana vamos a presentar nuestros productos y servicios en Tokio, allí tenemos un proyecto de expansión empresarial muy importante. Yo tengo muchas cosas que preparar y coordinar desde aquí y, por eso, he pensado que vayas tú a Japón para hacer la presentación.

Salió del despacho con el rostro demudado y la mirada en el suelo. Juan la vio llegar y advirtió su angustia y sus ganas de llorar. Se asomó despacio y le preguntó:

- ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien? ¿Puedo ayudarte?

Conteniendo las lágrimas Laura le contestó:

- Mario me envía a Japón la próxima semana. Los idiomas fueron siempre mi punto débil y cuando accedí a este puesto mentí y dije que tenía un alto nivel de inglés. Pero lo cierto es que no tengo ni idea de inglés ni de japonés. No sé que voy a hacer.

Juan la miró sorprendido, comprendiendo la desesperación que la embargaba y por la que acababa de hacerle aquella confesión que, en su estado habitual, nunca se hubiera producido.

- Laura, yo si hablo y escribo con fluidez varios idiomas, entre ellos, el japonés y el inglés. Si quieres, puedo ayudarte en la presentación y acompañarte a Tokio, si me autorizan.

A Mario le pareció una gran idea y pasaron una semana de trabajo intenso preparando y traduciendo los informes a presentar. Al lunes siguiente, al coger su vuelo, había surgido ya una gran camaradería entre ambos.

La sala del centro de convenciones estaba a rebosar para escucharles. Laura, asustada, se empequeñecía cada vez más y Juan se mostraba seguro de sí mismo. Vio que ella sería incapaz de pronunciar palabra y se acercó al estrado, la hizo levantarse y empezó por presentarla como compañera y coautora de la información y los documentos a exponer y continuar después en solitario con la intervención que habían preparado.

Todo fue sobre ruedas y cuando terminó, la sala se puso en pie para aplaudir con entusiasmo. Al volver junto a Laura, esta le recibió agradecida y mostrando una gran sonrisa que transmitía, también, la valoración y el reconocimiento a su compañero.

Él se acercó a su oído mientras continuaban los aplausos y le dijo:

- Ya ves, no se puede aplaudir con una sola mano. Tienes que aprender a trabajar en equipo. Y para ello, necesitas no mentir a los demás, ni mentirte a ti misma para vencer tus miedos, esos que intentas tapar con soberbia y antipatía.

En este taller, tengo cada día el ejemplo de mis compañeras y escritoras, ellas me han demostrado que, al trabajar en equipo, se consiguen siempre los mejores resultados, incluso, pueden ser premiadas.

Gracias a todas por vuestra ayuda

Alhame Rabbouh

Ana Rosa Alberca Beamud

- Imágenes de ausencias

IMÁGENES DE AUSENCIAS

El tiempo nos devora y, de pronto, muestra sus cicatrices a través de cualquier recuerdo inesperado. Hoy, ha sido una fotografía tomada hace 23 años y en la que se guarda la memoria de una reunión de viejos amigos que tuvo lugar para recordar el tiempo de atrás, cuando éramos, aún, más jóvenes, años después de que cada uno emprendiéramos nuestros caminos como adultos y dejáramos de ser compañeros inseparables de juegos, secretos y coqueteos de adolescencia.

¡Duele fuerte!… la ausencia, la pérdida, el concepto de amistad irrepetible de aquella época, en la que podíamos compartir con alegría y sin temor, nuestros secretos y nuestro día a día.

¡Qué bien lo pasamos, recordando aquellas aventuras nuestras!… Sobre todo, las bromas que le gastábamos al cura, tan celoso, en aquel tiempo, de evitar bailes, besos y caricias juveniles y "prohibidas", como le engañábamos, haciéndole creer que íbamos a organizar "*un guateque*" en casa de algún compañero y, aunque no lo hubiera, representábamos su celebración llevando, como tocadiscos, una maleta vacía, mientras nos reíamos al ver como se enfadaba ante aquella "*sinvergonzonería*"

¡Qué distintos los tiempos, la inocente malicia, la ingenuidad perdida!… nuestras excursiones en bicicleta a "*La Cubeta*" a diez kilómetros de Arenales, para darnos un baño furtivo y, quizás por eso, más gozoso que ningún otro después, y volver al pueblo, con otros diez kilómetros en las piernas, pero llenos de vitalidad y de alegría.

No sé si me consuela o me apena pensar que, al igual que los recuerdos, lo son por irrepetibles, que nuestro cuerpo, ahora, no sería capaz de nadar, correr y hacer veinte kilómetros en una tarde, sin fatiga, con la mente y las fuerzas renovadas.

La contemplación de mi vieja fotografía me saca de mis dudas, haciendo inevitable la pena en el recuerdo: En la imagen, hay tres personas que ya no están, que no podrían ahora, repetir ni compartir la escena… Y los veo ahí, conmigo ¡tan llenos de vida, inconsciencia y alegría! y habiéndose convertido en recuerdos, nada más que en eso, convierte la vida el tiempo.

Ana Rosa Alberca Beamud

Manuela Jaenes Sánchez

- Una historia para los sentidos, o… una historia sentimental

- Es mi dueña tu ausencia.

- Apariencias y conciencias

UNA HISTORIA PARA LOS SENTIDOS, O…
UNA HISTORIA SENTIMENTAL

Caminaba con los ojos muy abiertos, como una niña exploradora, descubriendo y admirando un nuevo mundo que me iba sorprendiendo a cada paso.

El día amaneció con ganas de agradar, llenando de luz y color aquel hermoso paisaje. Había nogueras centenarias, enormes, con formas nudosas, increíbles y otros árboles frondosos y de gran porte, que servían de escondite a los numerosos animalillos que se asomaban y huían al vernos pasar.

Se trataba de disfrutar de aquel edén, de saborear la pausa y la contemplación que nos permiten valorar en su justa medida la belleza, el valor de la vida y de la naturaleza que la soporta y la hace posible. Y con el corazón ensanchado por la alegría del descubrimiento, esperaba con toda ilusión el panorama a contemplar desde la siguiente vuelta del camino.

El grupo de senderistas nos íbamos acercando a un nuevo pueblo y Luis, uno de mis compañeros de ruta, notó mi interés, mi expectación, y se dispuso a ayudarme a conocer, cuanto íbamos encontrando y que, en muchas ocasiones, veía por primera vez:

-Mira, esas son las chorreras. Nacen en la sierra, en lo más alto de la falda de las montañas.

– Este es el río Vadillo, aquí hay plantas que tú no has visto antes. Utiliza todos tus sentidos para conocerlas. Mira, esta es la jara, la hoja es muy pegajosa y tiene un sabor entre dulzón y amargo, pero no se te ocurra comerla. La flor es blanca con dibujos violetas en el centro de sus pétalos y es uno de los manjares de las abejas para hacer buena miel.

-…Y hablando de mieles apetitosas, aquí tienes el romero. Huélelo y disfruta, pasa la mano por el envés de sus hojas de aguja y llévate el aroma en tus manos durante un buen rato.

Y así iba sintiendo la necesidad de llevarme todo de aquel día, los aromas, los sonidos de las cascadas, el murmullo del agua caminando junto a nosotros,… Todos los sentidos entraban en acción y eso acrecentaba mi emoción y mis sentimientos daban alas a mi imaginación.

Anochecía y, aunque no queríamos, nos vimos obligados a volver cada uno a su rutina. Con tristeza, pensaba en la lejana posibilidad de repetir una experiencia similar a la de aquel día en otro itinerario. Y mientras andaba en estas cavilaciones, Luis se acercó a mí para preguntarme si podía llamarme algún día y salir a tomar algo.

Era lo que yo quería que ocurriera y mi mal disimulada alegría no me permitió ocultar una gran sonrisa; incluso llegué a pensar que quizás estuviera poniendo cara de boba.

¡Bah! Este ya no me llama pensaba a los pocos días, cuando todo aquel viaje me parecía una ensoñación. Pero, por fin, el teléfono sonó y algo recorrió todo mi cuerpo al escuchar su voz. Aquello me resultaba tan real como inexplicable y cada vez que me hablaba, me acariciaba o rozaba mis manos o mi cara, me invadía una sensación maravillosa que me llenaba de alegría y me hacía perder los miedos que, una vez sola, se presentaban con preguntas como *¿saldrá esto bien?* Pero cuando volvía a verle, las dudas se disipaban de inmediato *¡Qué más da! ¿Voy a renunciar a estos maravillosos momentos, pensando en un futuro impredecible?*

Así, fueron despertando de nuevo todos mis sentidos y así me llevaron, sin resistencia posible, al mejor de los sentimientos, el amor.

Cada día pasábamos más tiempo juntos y no parábamos de hacer planes con los que mantener viva nuestra ilusión, viajábamos y seguíamos disfrutando de gentes y paisajes nuevos. Otras veces, bastaba con sentarnos en un banco y dejar pasar las horas hablándonos y escuchándonos.

Me parecía todo tan perfecto que las dudas seguían apareciendo; no me parecía normal pensar en la continuidad de tantas sensaciones maravillosas. Y, efectivamente, Luis tuvo que marcharse lejos por motivos de trabajo durante una larga temporada.

Seguí saliendo con mis amigos como cuando estaba con él, pero la merienda no sabía igual, los colores se habían difuminado en la ciudad, los paisajes me resultaban aburridos en las montañas y el tiempo pasaba arrastrándose despacio junto a mí.

Una tarde me llamaron para quedar a merendar todos juntos en nuestra cafetería habitual. Ángela, una amiga y compañera de ruta, me dijo que tenía que dar una noticia al grupo en pleno.

Acudí a la cita sin ganas, por cortesía, y entré en aquel bar que cada vez me parecía más turbio y más gris. De pronto, noté que me hacían un pasillo hacia una mesa, y todos los focos que allí no había, la iluminaron con los colores que ya daba por perdidos. ¡Allí estaba Luis esperándome y nuestros amigos mirándonos para compartir nuestra felicidad!

Nunca puede ser todo perfecto, pero desde entonces y hasta hoy, disfrutamos de cuanto la vida nos ha dado. Eso nos hace más fuertes cuando llegan problemas o malos momentos. Para las alegrías y para los sinsabores, tengo a mi lado a la mejor persona que podría tener, Luis, mi gran amigo y mi gran amor. Y por eso, no cambiaría con nadie mi vida. Es nuestro el camino a compartir y lo recorro con el compañero de viaje que lo ilustra y lo ilumina.

Manoli Jaenes Sánchez

Es mi dueña tu ausencia,
la que hace mis días,
tristes y vacíos.

Añoro tu llamada
¡tan cierta, tan segura!
certeza de que estabas:
¡Hola! ¿Qué tal?… buen día.

Y con el recuerdo vivo,
recorro tus manos
cuando me acariciabas,
fuertes y suaves,
amorosas y arrugadas.

Limpia para mí la vida
y limpia la mirada
de aquellos años felices
junto a ti sentada;

en la más bella ignorancia,
sin sobresaltos ni miedo,
disfrutando de una infancia
transparente y clara,
vacía de tristezas
y de desesperanzas.

Tú siempre me decías:
"Aquí, las adversidades,
no tienen cabida"
mientras miraba tu cara
con tu sonrisa enmarcada
por tu pelo de plata,
de canas ondulado,
sereno, calmado.

Tu voz, como un susurro,
murmullo de suaves olas
y arrullo de dulces cantos,
llena tu ausencia de ti
para seguir a tu lado.

Y, aún así,
tampoco puedo olvidar,
que un día tenías que irte

¡Me hizo tanto daño!
que tu ausencia es mi dolor
y tu recuerdo mi bálsamo.

Manoli Jaenes Sánchez

APARIENCIAS Y CONCIENCIAS

¡Al fin lo había logrado! El proceso había sido largo, pero la satisfacción de haber llegado, hacía a Mateo dar por bueno el esfuerzo. Y ahora, como siempre que se alcanza una meta, se iniciaba un nuevo camino.

Ya era eso que llaman *un comunicador, especialista en diseño gráfico y publicidad, fotógrafo, iluminador, editor…* Se había empeñado en conocer todas las facetas de la profesión que le apasionaba y eso había hecho más extenso y exigente su proceso de formación. Pero lo daba por bueno para intentar desarrollar sus capacidades creativas y profesionales.

Como era de esperar los comienzos fueron difíciles. No tardó mucho en conseguir una plaza de becario y con ella, empezó a cambiar su entusiasmo por desánimo. Tenía que trabajar para todo tipo de gente y hacer trabajos para otros y que, irremediablemente, eran siempre de aquellos otros. Igual tenía que hacer café, que fotocopias o recoger y limpiar después de una reunión de creativos a las que, por supuesto, tenía vetada la asistencia. No fueron pocas las veces que sintió una enorme frustración y ganas de abandonar, aunque fuese para buscar otro tipo de trabajo, menos especializado, pero en el que alguien pudiera valorar lo que hacía.

La rebeldía más profunda venía en su ayuda, no podía renunciar a aquello que le llenaba y en lo que había comprobado que era capaz de hacer cosas mucho mejores que las de aquellos a los que servía de chico para todo.

Un día se encontró con Fernando, un buen amigo, que le propuso crear una agencia modesta en la que pudieran producir y vender sus propios contenidos a precios competitivos y Mateo no se lo pensó ni un momento.

La empresa despegó rápidamente ante la calidad y el beneficioso coste de los productos que ofrecían y los grandes grupos y medios de comunicación empezaron a encargarles trabajos asiduamente. Todo iba de maravilla y los dos colegas formaban un gran equipo. Pero el éxito y el fracaso son las dos caras de la misma moneda, dos impostores que vienen a sacarte de tu camino. Así, se vieron obligados a ampliar plantilla para poder atender la creciente demanda.

Necesitaban una buena gestión que coordinara y organizara el trabajo y la productividad. La persona seleccionada para este cometido fue Mónica, que había sido una buena fotógrafa y contaba, además, con un currículo impresionante en gestión y administración de empresas. Era eficaz y autoexigente. La pusieron al frente de un

equipo de administrativos para que llevaran los temas fiscales y económicos, la programación y la agenda de los creativos. También se incorporó Ricardo, un publicista con buenas referencias. Mateo y Fernando, decidieron seguir disfrutando con el desarrollo de los proyectos artísticos y creativos que más les gustaban, confiando en que habían elegido a las personas adecuadas para el desarrollo de las tareas cotidianas.

Los problemas no tardarían en llegar y el ambiente se enrareció en poco tiempo. Mónica empezó a mostrar que su autoexigencia se traducía en una intransigencia absoluta hacia todos los demás. Era una de esas personas *perfectas* y con esa *habilidad especial* por la que los errores siempre son de los demás. Recriminaba en público y con acritud, el más mínimo fallo de cualquier trabajador y nunca admitía que ella pudiera cometer error alguno.

El anterior clima laboral de alegría, compañerismo, trabajo en equipo y apoyo mutuo, se desvanecía. Todo el mundo se preguntaba si el trabajo hecho resultaría del agrado de Mónica, mientras los creativos trabajaban en su estudio, aislados y sin que pudieran ser molestados.

Mientras, la gerente comenzó a cambiar imperceptiblemente, los fines y el enfoque de la empresa. Ahora, primaba la polémica, el morbo, el escándalo que vende, frente a los valores artísticos y de rigor que antes fueron prioritarios. Poco importaba que hubiera heridos o perjudicados, y como las ventas seguían creciendo exponencialmente, Fernando y Mateo estaban encantados.

Se buscaba lo más escabroso, lo que más vendía, y los sentimientos de aprecio, de gusto por el trabajo bien hecho, desaparecían un poco más cada día. Mónica trabajaba cada vez más, parecía no tener vida más allá del trabajo y controlaba hasta la extenuación el más mínimo detalle.

……

Un día y para extrañeza de todos, llegó a la oficina saludando a cuantos estaban presentes, algo que hasta entonces, nunca había hecho:

- *Hola. Buenos días.*

- *Hola,* - respondieron sin mucho entusiasmo y con desconfianza –

- *¡Cuánta amabilidad! ¿Qué querrá?...*

Mónica no tardó mucho en sacarles de dudas e incrementar su fama de déspota y manipuladora:

- Chicos, tengo que contaros algo. Mateo y Fernando me han llamado para transmitirme las quejas que, algunos de vosotros les habéis manifestado acerca de mi actitud con vosotros. Yo siempre exijo, a mi misma la primera. La eficacia y la dedicación al trabajo, es la base que permite incrementar los beneficios de la empresa y que sigamos cobrando nuestros buenos sueldos cada día.

- Aprovechando su llamada y a causa de vuestras quejas, llevo algún tiempo tratando de aprender con nuestros jefes y creativos, las facetas de desarrollo de proyectos y cuentas de los grandes grupos empresariales. Y gracias a ello, Fernando y Mateo me han ofrecido hacer un gran reportaje en Bali para una de las grandes multinacionales del sector turístico que pretende establecerse en Madrid como tour - operador y nos ha elegido para dar a conocer sus destinos más exóticos en nuestro país.

Entre alegres por librarse de ella y quejosos por la causa y por la sensación de que Mónica, en vez de perjudicada había salido beneficiado, le respondieron con cortesía, pero sin entusiasmo:

- ¡Jo. Vaya suerte que tienen algunas! Y ella, como si no escuchara, continuó:

- Me voy con Ricardo, él se encargará de los contenidos y montajes publicitarios y yo, de la fotografía, de la gestión de la cuenta y de los contactos con nuestro cliente.

Ricardo no mostraba el menor entusiasmo por el proyecto, aunque aquel viaje le parecía maravilloso, sentía que Mónica nunca había confiado demasiado en él y tampoco le apetecía su compañía que consideraba agobiante. Trató de elaborar su propio plan de trabajo sin contar con nadie, sin saber si sería posible llevarlo a cabo sobre el terreno. A continuación se daba ánimos a sí mismo:

- ¡Bah! Me estoy "comiendo el coco" yo mismo. Bali es un paraíso, una isla idílica para quién quiera disfrutar de unas maravillosas vacaciones. Solo se trata de plasmar y contagiar la belleza de sus paisajes y la buena acogida de sus gentes, algo que no me parece difícil.

……..

Tras cerca de 20 horas de vuelo hasta el Aeropuerto Internacional de Denpasar – Ngurah Rai, y aprovechando la proximidad de Kuta a la capital de Indonesia, decidieron que, tras alojarse y descansar en uno de sus más lujosos hoteles, comenzarían a trabajar el día siguiente en su playa, quizás, la más famosa y turística de Bali y por tanto, uno de los principales destinos a publicitar por sus clientes.

El trabajo resultaba duro y gratificante al mismo tiempo, Mónica tomaba videos y fotos incansablemente, en hoteles, en los puestos de productos locales de Kuta, en sus playas cristalinas, buceando, haciendo surf. Obtuvieron imágenes bellísimas de los corales y de la fauna diversa y llena de color que los habita. Buscar la mejor instantánea suponía una búsqueda permanente. Ricardo sugería a Mónica diferentes encuadres y varias tomas para cada guión y ella no se quejaba en ningún momento.

Después de cenar, quedaban para seleccionar y secuenciar las imágenes obtenidas durante el día. Mónica se estaba cansando de esperar. Ya había clasificado y extendido sobre la mesa las imágenes, cuando apareció Ricardo.

- ¿Qué te parecen las fotos y los videos?

- Han quedado bien ¿verdad?

- Sí, has hecho un trabajo extraordinario, Mónica. Pásame el guión para ir incorporando los textos y el sonido.

- Toma, pero no intentes terminar esta noche, mañana tenemos más trabajo que hoy.

Ricardo la miró serio, con el ceño fruncido.

- ¿Y eso, porqué?

- Tenemos que ir al Parque Nacional de Komodo y después, a Sumatra. Entre kilómetros, dragones, selva y orangutanes, el día va a ser largo e intenso… Pero en fin, todo sea por el buen trabajo que vamos a realizar.

- ¿Y no vamos a descansar algún día?

- Después, solo nos quedará ir a Java. Según me han contado, tiene unos templos espectaculares ¿Sabías que a Bali se la conoce como la Isla de los Dioses?...Yo prefiero terminar el trabajo y luego me pensaré si me quedo un par de días descansando.

- Pues yo si pienso quedarme varios días –respondió Ricardo -, *el precio de los hoteles es muy barato y, ya que estoy aquí, quiero disfrutar sin prisas de este paraíso.*

- Me parece bien, Ricardo, pero no olvides que el trabajo ha de acabarse para poder presentarlo en el día previsto.

- No te preocupes, todo estará terminado a tiempo ¡No me agobies! Mira que no quería venir contigo, eres una aguafiestas.

Mónica no lograba entender la reacción de Ricardo. Se levantó sin mediar palabra y se recluyó en su habitación, mientras resonaban en sus oídos las diatribas que seguía lanzando su compañero de viaje:

- *¡Estoy harto de tener que hacer siempre lo que a ti te apetece!*

……..

Sucede que, a veces, hay quien nos cambia las cartas en mitad de la partida y nos incapacita para entender de qué va el juego en ese momento, y mientras, el tramposo se aprovecha de nuestra buena fe.

Antes de salir de Madrid, Ricardo había hecho sus propios planes y se había cuidado mucho de que nadie los supiera. Todos deberían pensar que no le apetecía lo más mínimo hacer aquel viaje. Su inquina hacia Mónica había aumentado en los últimos días, le daba malas contestaciones y tenían enfrentamientos incomprensibles, pues no se debían a ningún motivo concreto.

Durante la semana anterior al viaje, había estado retando y provocando a Mónica, saliendo del trabajo una hora antes todos los días. Ella tenía que morderse la lengua para no decirle nada, consciente de que no podían producirse problemas de comunicación que dificultaran la tarea, - *ya me explicarás a la vuelta qué está pasando aquí. No pienso consentir que sigas con esta actitud* -, se decía a sí misma.

Ricardo salía corriendo y se dirigía a la mayor agencia publicitaria de Madrid y a la redacción de la más prestigiosa revista internacional de viajes y aventura.

El día anterior a la partida y haciéndose pasar por fotógrafo y reportero independiente, ya había cerrado la venta a sus nuevos "*clientes*" de los reportajes y había acordado la entrega y el pago de una sustanciosa suma, para una semana después de su regreso.

Por su parte, Mónica estaba muy preocupada por el comportamiento de su compañero de viaje. Le preocupaba que un proyecto de tanta envergadura, pudiera venirse abajo por la escasa disposición y la falta de ilusión de Ricardo ante un reto que haría disfrutar a cualquier profesional que amara su trabajo. Además, no estaba dispuesta a defraudar la confianza que habían depositado en ella Mateo y Fernando, la habían ayudado mucho en el desarrollo de su trabajo y era imprescindible responder en la misma medida.

Durante el desayuno, Ricardo se mostró más tranquilo y conciliador y Mónica respiraba con cierto alivio. Desde las quejas de los trabajadores y la posterior charla con Fernando y Mateo, se había propuesto cambiar de actitud y ser más amable cada vez

que hubiera de dirigirse a algún compañero, pero anoche se lo habían puesto muy difícil.

- He estado pensando en lo que hablamos anoche y creo que tenías razón. Si te parece, puedes salir tú con el helicóptero, los ayudas de cámara y el equipo para seguir tomando las imágenes de los lugares programados. Yo me quedaré aquí e iré montando y componiendo el trabajo de ayer.

- No sabes cuánto celebro que estemos de acuerdo, Ricardo. Creo que entre hoy y mañana, habré terminado la toma de recursos exteriores y, en un día más, podremos editar. Yo me voy a quedar un par de días para descansar y disfrutar de todo esto. Y luego, a casita, que estoy deseando ver cómo quedará cuando presentemos todo terminado.

- Bueno, yo también voy a quedarme unos días de descanso y terminaré el trabajo de edición en Madrid. Aún tenemos tiempo.

- Bien, pues hasta mañana entonces.

El trabajo continuó dos días más en Mali. Llegó el fin de semana y el lunes, Mónica se llevó una sorpresa al encontrarse a Ricardo desayunando tan temprano y vestido con un traje de lino impecable.

- Buenos días, has madrugado mucho ¿A qué se debe tanta elegancia?

Ricardo casi se atraganta. Viéndose obligado a mentir, le dijo mientras sonreía y le guiñaba un ojo como gesto de complicidad:

- Verás, ayer conocí a una hermosa dama y quedé con ella para desayunar y acompañarla después al interior de la isla para que me enseñe una gran mansión de su propiedad… Quédate y desayunamos juntos.

- No puedo. Mi vuelo sale muy temprano y me voy ahora mismo al aeropuerto. Ya veo que aprovechas bien el tiempo.

- No te preocupes Mónica ¿Has visto las maquetas que te dejé anoche? Aún queda trabajo pero ya puedes hacerte una idea del producto final.

- Sí, ha quedado muy bien. Creo que les va a gustar mucho.

- Eso espero, tus fotos son una pasada y la tarea posterior me está llevando mucho tiempo y esfuerzo, ¡cómo para que le pongan pegas!

- Bueno, disfruta mucho de tus vacaciones. Y no olvides llevarte los originales, las maquetas y todo lo demás, que la liamos gorda como te dejes algo aquí.

- Mónica, por favor, que ya soy mayorcito.

En cuanto desapareció camino del aeropuerto, Ricardo subió a su habitación, cogió su mochila y su portátil, llamó a otro taxi y se dirigió al *Centro Shopping Mall* de Kuta, donde le esperaban sus nuevos compradores.

Había pasado noches de intenso trabajo a espaldas de su compañera y llevaba los "*books*" y las presentaciones terminadas. Él solo quería dinero y el prestigio necesario para acceder a las grandes agencias internacionales, sin importarle a cuanta gente iba a traicionar, ni la magnitud de los perjuicios que iba a ocasionar a quienes habían confiado en él.

……..

Cuándo volvió, Mónica se mostró entusiasmada por el trabajo realizado y no paraba de contar maravillas de Bali y de la calidad de las imágenes que había tomado. Se pasó la mañana contando a Mateo y a Fernando las peripecias del viaje y el enfoque que habían dado a la presentación. Alabó el buen hacer de Ricardo y les agradeció su confianza.

Fernando, la miró con una sonrisa escéptica, no acababa de entender el cambio de Mónica.

- ¿Sabes que es la primera vez que te veo hablar bien de un compañero?

- Tienes razón Fernando, desde nuestra charla al respecto de mi relación con los trabajadores, he reflexionado mucho y he comprendido que tengo que moderar la forma de dirigirme a ellos. Pero lo cierto es que con Ricardo no me ha sido fácil y, durante nuestra estancia en Bali, el borde ha sido él en varias ocasiones.

Mateo les miró antes de comentar:

- Me extraña lo que me estás contando, pero creo que voy a tener que dar la razón a mi socio. A mí, Ricardo me ha parecido siempre un gran profesional y una persona con gran habilidad para comunicar y tratar con la gente. Pero Fernando apostó fuerte por ti desde el

primer día y afirma que la simpatía de Ricardo, debe esconder una cierta disposición para el engaño.

Los días pasaban y Mónica, alarmada, volvió a hablar con Mateo:

- Ricardo sigue sin aparecer y tampoco coge el teléfono. He llamado a su casa y nadie sabe su paradero, con lo que la preocupación va en aumento para todos. Y, además el se quedó con todos los originales para terminar de montar.

- Bueno, entre los tres intentaremos recomponer cuanto se pueda. Pero si en esta semana no da señales de vida, tendremos que denunciar su desaparición y el posible robo del trabajo y de los materiales.

El misterio de la desaparición de Ricardo se aclararía días después. Una de las más prestigiosas revistas de viajes, inauguraba una exposición a la que acudieron Mónica y Mateo. Y allí estaban, las fotografías que tanto trabajo le había costado obtener y que otro destinatario esperaba, aparecían, como un trabajo monotemático y firmado por aquel que tan preocupados les había tenido.

Sorpresa, indignación, ira, dolor, incredulidad, todo a la vez, le arrancaron un llanto sin consuelo a Mónica, mientras Mateo se sentía especialmente engañado por la confianza depositada en un tipo que no la merecía.

- Cálmate y no llores, Mónica, este gran trabajo, digan lo que digan las cartelas y pies de foto, es tuyo. Ahora, hemos de denunciar y desenmascarar al impostor. Ponte de inmediato a recuperar reservas de vuelo y hotel, el contrato que motivó el trabajo, el material virgen y todo lo que tengas. Yo voy a contactar con nuestro cliente y a explicarle lo sucedido y contactar con abogados para formular la demanda. Incluso, quizás incorpore un eslogan en el que digamos algo parecido a: "Un reportaje, tan bueno, que ha sido robado por desaprensivos…"

Mónica se abrazó a Mateo y tras darle un beso, se cogieron de la mano y se marcharon a buen paso a la oficina.

Utilizando la agencia para insertar anuncios y publirreportajes en los medios de comunicación más conocidos en el sector, gracias a las pruebas aportadas y, sobre todo, a la velocidad que caracteriza a nuestra justicia, *solo* se tardó un año en celebrar el juicio. Se publicaron las preceptivas rectificaciones y Ricardo no volvió a ser contratado en ninguna empresa del sector ante la desconfianza que había generado su falta de escrúpulos.

……

Los jefes "creativos" salían de su *torre de marfil* y dedicaban la mitad de su jornada a charlar con todos los trabajadores, comentarles sus proyectos y sugerirles ideas para animarles a disfrutar del trabajo bien hecho. Pronto comprobaron lo acertado de su nueva actitud, el ambiente había cambiado radicalmente y la gente disfrutaba trabajando e intentando mejorar cada día.

Mateo reflexionaba cada día sobre lo más importante en su trabajo, aquello que nadie le había enseñado ni podía aprenderse en grados, licenciaturas, másteres o como becario. Aunque lograra reunirse todo el conocimiento sobre un campo o especialidad concreta, el camino era reunir a toda la gente necesaria para llevar a cabo su proyecto y solo así, podría crecer y ser mejor personal y profesionalmente.

Mientras comentaba estos aprendizajes y las anécdotas del día, Mónica le acariciaba suavemente el pelo del cuello, mientras se tomaban una copa sentados en el sofá de casa.

Manoli Jaenes Sánchez

María Luisa López Más

- Nora la gata

- Jugando a vivir, jugando a contar

- ¿A dónde vas?

NORA LA GATA

(Cuento para mi pequeña)

Hola, me llamo Nora y soy una gatita de pelaje negro, con unos ojos grandes y preciosos de color ámbar.

Me encanta pasear por las estrechas calles adoquinadas de mi pequeño pueblecito. Estamos terminando abril y, por eso, las flores están ahora en todo su esplendor y llenan de colores calles, balcones y jardines. Avanzo hasta la calle donde están los comercios y veo a la gente pasear, sentados en la terraza; algunas cruzan a mi lado y otras, aceleran el paso y se cambian de acera con un recelo que no puedo entender. No sé porqué, ni quiero pensar que es por mi culpa, pero está claro que me miran a mí. Intento ignorarlos y sigo mi camino matutino.

Oigo un golpe a mis espaldas y, cuando me vuelvo, veo un cubo de pintura caído en el suelo y a un señor gritando. A mi lado, hay un niño de pelo rizado y amarillo que me quiere acariciar. Entonces, una mano adulta lo separa de mí mientras le recrimina:

-¡No debes acercarte a ese gato, es negro y trae mala suerte!

Me siento triste y enfadada:

-¡Mala suerte! ¿Qué es eso? Yo no iba a hacerle daño ninguno.

Decido volver a casa, un poco apenada por no entender lo que me había sucedido.

En casa me dirijo hacia mi mamá, y acaricio sus piernas.

-¡Hola, Nora! ¿Ya has vuelto de tu paseo?

Me rodea con sus patas delanteras y me acurruca en su pecho abrazándome fuertemente.

- Mamá, no sé porqué me miran las personas de esa manera ¿Solo por el color de mi pelo? A mí me da igual la persona que me abrace y el color que tenga su piel. Solo me importa que, quién me abrace, lo haga con cariño.

- Verás Nora, yo tampoco puedo entender que, aunque pasen años y años y aunque parece que muchos humanos van siendo más tolerantes, todavía hay algunos que hacen diferencias y juzgan al que no es igual a ellos, sea por su raza, su condición religiosa, sus costumbres,… Creo, que si siguen sin aprender a respetarse y a comprender que cada ser es único y por eso, diferente de los demás y que precisamente en esto radica la belleza de cada uno, esta ignorancia va a ser la perdición del ser humano.

- ¡Jo mamá! Pues aunque se crean muy listos, hay que ver lo tontos que son los humanos.

María Luisa López Más

JUGANDO A VIVIR,
JUGANDO A CONTAR

Las pequeñas juegan sin descanso en el salón. Mientras, desde el sofá, leo y levanto la vista de vez en cuando para observarlas. Siento que estamos viviendo uno de esos momentos mágicos en los que el mundo cabe entero en nuestra casa porque nada importa de lo que hay fuera.

Desearía que el tiempo se parara y prolongara este instante: Mis hijas, sobre la alfombra, están rodeadas de un montón de juguetes que van intercambiando y mi deseo se evapora cuando, por el rabillo del ojo, veo levantarse a mi preciosa y vivaz Amanda acercándose a mí. Se sienta a mi lado y me dice:

– Mamá, me aburro.

La miro con sorpresa e incredulidad, sin entender su aburrimiento en este momento y en esta situación:

– Pero hija… ¿cómo puedes aburrirte ahora? Estás jugando con tus hermanas, tienes a tu disposición un montón de juguetes. – Me mira con sus ojitos negros y se encoge de hombros para decirme: N*o lo sé.* –

– Verás, si alguien se aburre es porque no tiene imaginación o no sabe utilizarla. Cuando era pequeña, en mi casa no había tantos juguetes y, además, estaba sola. Bueno, pues no recuerdo haberme aburrido nunca, siempre había algo con lo que jugar.

– Mamá ¿Y a qué jugabais cuando eras pequeña?

– Como juguetes solo recuerdo una muñeca, una pelota y poco más. Pero ¿sabes lo que más me gustaba?… pues irme a jugar a la huerta, me pasaba allí tardes enteras; me habían hecho un columpio y también me dedicaba a recoger flore o a hacer "comiditas" con barro o represando y abriendo los surcos de riego… No puedes imaginarte como disfrutaba con todo aquello.

– Vale ¡Pero tú tenías la huerta!

– Sin embargo, no tenía lo que tenéis vosotras ahora. A los abuelos les sacaron del cole porque era necesario trabajar y no podían disfrutar de tardes enteras para sus juegos. Y, a pesar de todo, jugaban cuanto podían. Yo también jugué mucho. No teníamos juguetes, pero si teníamos juegos, y eran muy diferentes a los vuestros.

– La abuela me contaba que ella se divertía haciendo carreras con su borriquilla "Nana" *a la que le hizo una cancioncilla en la que contaba "cómo corría y cómo brincaba"*

– Al abuelo le tocó sufrir y crecer de golpe con la llegada de la guerra en el año 1936 – ¿Veis lo afortunadas que sois?

Amanda me mira fijamente, con incredulidad y me hace evocar mi propia infancia, cuando mi abuelo me contaba su lucha y su sufrimiento, a los que yo percibía como una aventura romántica y apasionante. Y pienso que ella, quizás, esté viviendo ahora lo que oye, envidiando ir a la huerta a jugar y a trabajar, como me pasaba a mí escuchando a mis abuelos.

No había nacido aún, pero puedo aseguraros que viví intensamente cuanto me contaron, porque, cuando amas a alguien, puedes ver con sus ojos y revives con su emoción lo que él vivió.

Suspiro, respiro… y ya puedo contaros que, en Arenales, también se vivió la mal llamada *Guerra Civil,* a mí me gusta más llamarla *Incivil,* en la que todos vivían el temor y la injusticia, y a la que no se encontraba explicación posible que permitiera entender cómo, de la noche a la mañana, vecinos o familiares, se convertían en enemigos, por el solo hecho, de estar o vivir a uno u otro lado del frente.

Veo a mis abuelos obligados a huir junto a otras muchas gentes del pueblo y a refugiarse en los pinares.

Ahora soy capaz de entender con plenitud su dolor y su miedo cuando, escondido tras un árbol y con el fusil en la mano, evitaba tener que disparar a nadie,

mientras a su alrededor, sonaban los proyectiles y él no perdía la esperanza de que terminase pronto aquella locura y poder regresar a su casa, a su vida…

– Mamá ¿en qué piensas? ¡Cuéntame más cosas de cómo jugabas en la huerta!

Salgo de mi ensoñación y veo que mi hija está viviendo conmigo *sus aventuras* como hortelana…

Nos vamos pasando el tiempo, la vida, unos a otros. En mi niña sigue algo del abuelo y cuando yo no esté, seguiré viviendo en mis hijas, en un continuo desde el pasado hacia el futuro.

Hoy, ellas me han enseñado que nada es más divertido que vivir o imaginar las historias de aquellos a quién amas, que el primer y más importante entretenimiento desde que el hombre apareció sobre La Tierra, era reunirse alrededor del fuego para escucharse y aprender todos de todos. Fuimos luego mejorando los instrumentos y los aprendizajes, pero solo para intentar hacer más grande y más larga nuestra mayor aventura: vivir la vida.

A su vez, puede que ellas hayan aprendido que no hacen falta demasiados juguetes para jugar a vivir, que es suficiente con imaginar, convivir y crear tu propio juego.

María Luisa López Más

¿A DÓNDE VAMOS?

Como cada mañana, corro por el parque con mis zapatillas rojas y mis cascos puestos, escuchando mi música favorita, absorta, sin conciencia de lo que me rodea. Una "mancha oscura" se materializa al tropezar con ella bruscamente. Sin darme cuenta, he embestido, literalmente, a un hombre que podría ser mi abuelo. Asustada, me detengo para sujetarle, lo llevo al banco más cercano temiendo que se haya hecho daño y el señor me tranquiliza.

- ¿Está usted bien?

-No te preocupes estoy bien ¿Pero, dónde vas con tanta prisa? ¿Donde está él fuego?

- Lo siento, ni lo he visto.

-¡Ya me he dado cuenta! Ahora, la juventud de ahora tenéis mucha prisa, pero a lo que de verdad importa, vais a llegar igual, o incluso, más tarde. Muchacha, para un poco y disfruta del momento, siente la presencia de lo que te rodea. ¿No ves dónde estás?... Sé que cuando eres joven te sientes con fuerza para hacer todo lo que quieras, y está claro que, de lo único de lo que te vas a arrepentir cuando seas mayor, es de lo que no hayas llegado a hacer. Pero ¿de qué te sirve si no disfrutas de lo que estás haciendo y solo piensas en lo que tienes que hacer? Saborea el día a día, que luego parece que todo se para de golpe.

Yo no he podido hacer todo lo que deseaba en la vida, pero lo que he conseguido, he podido disfrutar de ello, tienes que diferenciar lo verdaderamente importante, lo que realmente vale la pena.

Después de casi una hora hablando con él y disfrutando al escucharle, debo despedirme de él, y lo hago con una sonrisa de agradecimiento por su reacción ante el percance provocado.

Por inercia cojo mis cascos de música para ponérmelos. Él se queda mirándome con cierta retranca. Le sonrío y vuelvo a guardarlos. Me dirijo a casa con la agradable sensación de haber encontrado a una persona razonable y de buen trato.

Desde aquel día veo la vida con otra perspectiva, vengo al parque a correr todas las mañanas y escucho el canto de los pájaros, siento el olor que desprenden los pinos, las plantas, el aire y advierto la presencia de la gente.

A lo lejos veo a Manuel, sentado en el mismo banco que lo dejé aquel día. Y como ya hemos convertido en costumbre, me siento para compartir con él unos minutos de mi tiempo.

Pienso:

- ¿A dónde vamos?... Si la juventud tiene la fuerza y parece que solo en la vejez aparece la prudencia ¿significa que ser joven es ser temerario? -¿Cómo lograr que ambas se den conjuntamente?

Parece que Manuel lee mis pensamientos y me contestara sin necesidad de hacerle ninguna pregunta, me toca la mano y me dice:

- Deja de darle tantas vueltas a las cosas, la vida fluye inevitablemente, así es que aprovecha tu tiempo, mejor en aprender y en hacer, que en esperar o intentar que sea lo que no es. O, como dice un amigo mío: «disfruta de la vida que son dos días y encima hacemos puente»

Mª Luisa López Más




Arenales de San Gregorio